

El hotel de Roye.

Germana habia sufrido el ultraje que debia pesar sobre su vida, la injusticia inmerecida de la suerte, sin desfallecer, con un valor sobrehumano y desesperado.

El orgullo de su raza la habia sostenido mientras se habia encontrado frente al enemigo.

Ella, la inocente, la pura y generosa jóven, apenas presentada en el mundo, en el momento en que se disponia á gozar de sus atractivos, cuando acababa de oír vibrar en sus oídos las deliciosas melodías del amor, habia sido víctima de una de las más odiosas traiciones, de una de las más crueles desgracias, que pueden acaecer á una criatura pura y casta.

Mucho tiempo despues del golpe que la habia herido, de la conmocion sufrida en aquella catástrofe, que no habia podido preveer y que á cada instante la hacia preguntarse, sino habia sido juguete de una pesadilla, era presa de convulsiones al recordar aquel atentado, á la idea de aquel crimen encubierto con el velo, ó mejor dicho, con la máscara del amor.

Sin embargo, ella, cuyo carácter consistia en el fondo en una indomable altivez, si no escusaba esta venganza, comprendia aquellas represalias, viendo en su recuerdo la dulce figura del niño vestido de negro que la mañana misma de aquella violacion habia ido á arrojar-se en sus brazos en la escalera de la casa de Brandes.

Pero pronto la cólera rechazaba aquellos sentimientos de indulgencia.

No era con amenazas ó con violencias como se la podia doblegar.

¡Ah! el señor de Brandes se vanagloriaba de tenerla á merced suya, y no contento con haberla herido, deshonrado, se atrevia á desafiarla hasta en presencia de su tutor y de su prometido, hasta en su propia casa!

Verdad es que Santiago sabia que nada tenia que temer de ella. Sabia que guardaría su secreto aun á costa de la vida, porque no se atrevería á revelárselo á nadie. Su pudor violentado, la impedía hacerlo. Se esforzaba por demostrar tranquilidad, pero era presa de la más sombría desesperacion.

Despues de algunos dias de febril agitacion y de pretendidas distracciones para disimular angustias que á nadie confiaba, cayó en una especie de postracion, en una negra melancolia, de la cual participaba todo lo que la rodeaba.

En aquella grande y majestuosa estancia, que ella llenaba en otro tiempo con su alegría, sus risas y sus canciones, todo era tristeza: se hubiera creído al entrar en ella que estaban bajo la impresion de reciente duelo.

El hotel de Roye ocupa inmenso espacio, entre las calles de Grenelle y de Bourgonne, cerca de la esplanada de los Inválidos. Fué construido en una escala monumental, ó más bien reconstruido, al principio del reinado de Luis XVI, y conserva en su original pureza los caracteres de aquella graciosa época.

Nada tan triste como estas grandes moradas, con magníficos jardines de árboles secula-

res, cuando las falta el movimiento y el ruido, que son su vida.

A los dos meses de su regreso, Germana estaba agobiada bajo el peso de una melancolía que no tenía fuerza para desecharla.

Casi siempre permanecía encerrada en su habitación y tenía prohibida la entrada en ella.

Antes de su viaje a los Essarts, Germana mostraba vivos deseos de asistir a las fiestas de sociedad, a las *soirées*, al paseo y al teatro. Pero cuando regresaron, se negó a las reiteradas instancias que su tío le hacía para que continuara asistiendo a ellos.

El general atribuía este cambio a su proyecto de matrimonio y a las esperadas visitas del vizconde de Beaulieu, que iba con frecuencia al hotel, y a quien su prometida acogía con gran afabilidad, pero también con creciente tristeza.

El general, que no era muy perspicaz, creía, a lo más, que su sobrina, por la cual sentía una admiración sin límites, atravesaba trabajosamente un período de transición. Así es que cuando Roberto de Beaulieu su protegido, muy inquieto por la súbita palidez y por la metamorfosis de Germana, le participaba sus ansiedades, respondió retorciéndose el bigote:

—¡Un momento que pasará! ¡Un eclipse, amigo mío, un simple eclipse! ¡El sol volverá a lucir!

El sol no volvía a lucir. La infamia con que había sido manchada, la horrible injuria que se veía obligada a devorar en silencio, eran en ella como un gusano roedor que todo lo devastaba.

Su frente se cubría por una imperceptible red de arrugas; sus ojos, antes brillantes, estaban ahora empañados y vidriosos, su tez perdía su frescura y bien pronto notó ciertos desarreglos que no se atrevía a confiar a nadie y huía hasta de la presencia de los criados.

A veces recibía cartas de provincias y entonces su melancolía aumentaba.

Un día, después de haberle entregado una carta cuya letra desconocía, Ursula, su doncella de confianza, tuvo la curiosidad de mirar por la entreabierta puerta ocultándose tras de una colgadura y hé aquí lo que pudo observar.

Germana leyó aquella carta con trasportes de cólera.

Enjugó varias veces sus ojos, de los cuales brotaban abundantes lágrimas; estrujó el papel entre sus crispados dedos y lo arrojó al fuego.

Ursula no era tan curiosa de ordinario, pero su cariño hacía su ama, a la cual quería entrañablemente, hacía que la alarmara su inesplicable estado.

Ursula tenía treinta y cuatro años. Era alta, tenía muy buen color y había nacido en Bourgoigne, el país de los vinos generosos, que parecían haberla transmitido parte de su savia.

Al servicio de la madre de Germana, antes de estar al de la joven, no había abandonado el hotel de Roye desde la edad de dieciséis años.

No estaba casada; pero, buena moza y de una frescura escepcional, no carecía de pretendientes. El más formal de estos, desempeñaba en la casa las útiles funciones de cocinero. Era el jefe y tenía a sus órdenes una escuadra de pinches, marmitones y demás gente menuda.

No es de despreciar un cargo de este género; sus provechos son buenos y su honor apreciable.

El gastronómico ingenio, inventor de la salsa blanca, ha hecho más en obsequio de la humanidad que el de los cañones Krupp. Un buen cocinero vale tanto como media docena de diplomáticos.

El cocinero del hotel de Roye era un normando de las inmediaciones de Cherbourg.

Ursula hacía bien en preferirle. Eran tal para cual; habían nacido el uno para el otro, como suele decirse.

Alto, rubicundo, ancho de espaldas, estaba

formado más bien para llevar una coraza que para manejar cacerolas.

Era jovial, y con su blanco gorro y su buen humor, se ocupaba de los asuntos de sus amos, no despreciaba sus intereses y estaba muy bien considerado por el general y su sobrina. Se llamaba Miguel Jeannin.

Miguel Jeannin tenía dos hermanos. El uno era guarda y administrador de las tierras de Roville, pertenecientes á Germana; el otro había elegido un oficio extraño: era el vigia del faro de Roville, y dominaba desde su torre de granito los parajes de aquel peligroso cabo, célebre por los naufragios que en él ocurren.

El guarda y administrador tenía treinta y cuatro años en 1864 y se llamaba Claudio. El vigia, que era el mayor de la familia, tenía treinta y seis y se llamaba Nicolás. Este se había casado con una aldeana de Quettchon, cerca de Saint-Waart, y vivía con ella en su colosal bloque de granito, como un buho en el tronco de una gigantesca encina.

El enamorado de Ursula era el más joven de los tres. Los tres pertenecían á esa vieja y sólida raza normanda que se distingue entre todas las de Francia por su estatura y robustez.

Miguel Jeannin, el cocinero, era quien había dicho á Ursula:

—Yo no sé qué la pasa á la señorita. Es preciso enterarse y cuidar de su salud.

La salud de la señorita de Roye era preciosa para los Jeannin.

El general de Treville y su sobrina eran además de buenos amos, generosos, y además no bajaban la mano ni se enteraban de lo que hacían los criados. ¡Todos ellos lo sabían muy bien!...

Jeannin, además de la inclinación que sentía por su joven ama, poseía una buena dosis de prudencia. Hé aquí por qué Ursula, que era persona muy discreta en su servicio, había mirado por la cerradura.

Ya hemos dicho lo que había visto.

Su curiosidad, no solo no quedó satisfecha, sino que se excitó más, así es que entró muy despacio, en el momento en que Germana acababa de echar el papel al fuego.

—¿Sois vos, Ursula?—preguntó Germana [con sequedad.

—Sí, señorita.

—No os he llamado.

Ursula trató de excusarse.

—Había creído... me había parecido...

Y sorprendida por el encendido color del rostro de su ama, que enjugaba furtivamente sus ojos húmedos por el llanto:

—¿Estais enferma?—la preguntó con dulzura.

—Un poco, sí,—respondió Germana agitada.

—¿Si se llamara á un médico!...

—Un médico, ¿para qué?—dijo vivamente Germana. Es inútil.

—Pero...

—¿Acaso los médicos curan á alguien?—repuso afectando una alegría que se veía que era fingida.

—Al ménos, saben decir lo que uno tiene,—observó Ursula, y está uno más tranquilo.

—La señorita de Roye inclinó la cabeza sobre el pecho.

¡Lo que ella temía! La carta que acababa de leer, se lo decía sin miramientos, y mejor que lo hubiera hecho un doctor. Hasta entónces, en su inesperienza de hija sin madre, no podía concebir mas que vagas angustias, terrores inexplicables. Santiago de Brandes, la revelaba de una manera brusca, la atroz realidad. Hé aquí lo que la escribía:

«Lo sé todo. Puesto que os obstináis en vuestra aversión, yo no podía desearos mayor desgracia que la que os aflige. ¿Por qué me anonadáis con vuestro desden? ¡No, el lazo que nos une no está roto! ¡Por grande que sea vuestro inhumano orgullo, el hijo que lleváis en vuestras entrañas será el mío, y causará la desesperación y el remordimiento de vuestra vida! Mi odio os seguirá á todas partes si in-

«sistis en despreciarme. Mi sumision de esclavo la tendreis si quereis pensar en que el crimen que os ha perdido, no reconoce otra causa que el esceso de mi adoracion.»

Germana permaneció inmóvil y con la cabeza baja.

Por fin levantó la cabeza y con el tono familiar que en sus días felices empleaba para hablar con Ursula, la dijo:

—¿Hablabas de un médico hace un momento?

—Sí, señora.

—¿Conoces alguno?

—Al de la casa, el doctor Guerin... Vuestro médico.

—No, ese no... otro.

Ursula miró al techo como para recordar el nombre de algun otro doctor.

—¡Ah!—dijo,—al doctor Bertauld.

—¿El catedrático?

—No sé... Pero si he oido hablar de él como de un gran médico.

—Tambien yo he oido su nombre; pero ¿dónde vive?

—No sé, señorita.

—Es preciso informarse sin que se entere nadie.

—Esperad. El portero tiene un *Didot-Bottin*, creo.

—Vé por él. Pero sobre todo ni una palabra á nadie.

Ursula salió.

La señorita de Roye lanzó un prolongado suspiro.

—Sí—pensó.—Esta muchacha tiene razon. La duda me mata. Es preciso saber...

Ursula entró. Traia esa enciclopedia trivial y célebre de las calles de Paris, que todo el mundo ha hojeado.

Germana la cogió.

—Véamos...—dijo.—Médicos... ¡Ah! ¡aquí está! Bertauld, oficial de la Legion de Honor, profesor de la facultad de medicina, miembro

del Instituto... Calle de Tournon, 82. ¿Estás dispuesta?

—¿Sale la señorita?

—Sí, tú me acompañarás. Un abrigo... Un velo... Que sea muy espeso, sobre todo.

—¿Digo que enganchen?

—No.

A las tres y cincuenta minutos, la señorita de Roye y Ursula se apeaban de una modesta berlina á la puerta del célebre médico.

El doctor Bertauld ocupaba un viejo hotel que data de hace doscientos años. El hotel Bannecogne.

Su gabinete de consulta está en el primer piso, en el fondo del patio principal. Se sube á él por una ancha escalera con pasamano de hierro forjado.

El recibimiento dá á un salon, que de ordinario está lleno de clientes que esperan su turno. Allí, como en otras partes, se observa un turno riguroso para entrar en el despacho del doctor.

La señorita de Roye se dirigió al criado que habia en el recibimiento.

—Tengo prisa—le dijo,—y desearia que nadie me viera.

Y al decir esto le puso en la mano dos luises.

El criado se inclinó.

—Nada más fácil,—respondió.

La llave de oro fuerza todas las puertas. Algunos minutos despues, la del gabinete en que el complaciente criado habia introducido á la joven de los dos luises, se abrió sin producir el menor ruido, y, desde el dintel, un hombre de cierta edad, ni joven ni viejo, advertido por no sé qué señal convenida—estos doctores son muy ingeniosos,—calvo, con la cara cuidadosamente afeitada, la mirada viva y perspicaz, la negra levita abrochada, con una roseta encarnada en uno de sus ojales—punto luminoso destacándose del paño como en los retratos de Bonnat,—apareció y dijo dulcemente:

—Pasad, señora.

VII

El juicio del doctor

La fisonomía del sabio profesor es bien conocida de lo que se ha convenido en llamar «todo París».

El doctor Bertauld es un sabio con sus ribetes de *dilettanti*.

Terminado su trabajo ¡y qué trabajo!, comenzado á las cinco de la mañana para concluirlo á la hora de comer, cierra su gabinete, deja las consultas y las visitas para el día siguiente y va á ocupar su butaca en el teatro Francés ó en el de la Opera, de la cual se vanagloria de ser uno de los más antiguos y consecuentes abonados.

A veces se le vé dormir allí.

El doctor ve entonces en estos sueños, con sus ojos—de soltero—entrecerrados, arremolinarse á las *estrellas* vestidas de corto y á las Venus de blancas carnes, y puede creerse trasladado al paraíso de Mahoma, que, á juicio suyo, vale tanto como cualquier otro paraíso.

No le confieis vuestra mujer, sobre todo si es hermosa, á menos que tenga una virtud á toda prueba.

La señorita de Roye le había visto en el teatro y en otras fiestas; porque, como él había asistido á todos los espectáculos.

Así es que cuando se encontró frente á aquella fisonomía fina, inteligente, de expresión maliciosa y benévola á la vez, coronada por cabellos grises algo largos, recordó que ella le había encontrado ya más de una vez bajo su palco, ó al alcance de sus gemelos.

El doctor tuvo la misma impresión.

Conocía á aquella joven; pero nunca le había dirigido la palabra.

Germana formaba parte también del «todo París». Pero ¿quién era? Esto es lo que se preguntaba el médico, procurando reunir vagos recuerdos y detallando, como inteligente, las gracias de aquella fascinadora joven.

Ursula esperaba en el recibimiento.

El doctor indicó un sillón á la joven y se sentó en otro, muy cerca de ella.

No había abierto aún los labios la señorita de Roye cuando él conocía ya el motivo de la consulta.

—¿Sois casada?—le preguntó.

—No, señor.

—¡Ah!

Esta sencilla exclamación penetró como un dardo en el corazón de Germana.

—¿Qué teneis?

—Insomnios, vértigos...

—¿Con frecuencia?

—Todos los días.

—¿Dolores sordos?

—Sí, señor.

—¿Os disgustan los alimentos?

—¡Iba á decíroslo!

—¿Y á veces sentís extraños apetitos?

—Justamente.

—¿Males de corazón?

—Continuos.

—Vuestras facciones están ajadas. ¿Estáis muy cambiada?

—¡Cambiada! ¿me conocéis?

—Al menos os he visto con frecuencia.

—¿Dónde?

—En la Ópera, por ejemplo. En el palco del general de Treville.

—Es mi tío, caballero.

Ambos quedaron silenciosos.

El doctor, que inclinaba familiarmente la cabeza sobre la joven, se irguió.

Germana se había apresurado a darle esta explicación, porque veía vagar en sus labios esta pregunta, á que él no se atrevía á dar forma:

—¿Es vuestro amante?

La fisonomía del doctor se oscureció. ¡La sobrina del general de Treville! ¡Una de las jóvenes más ricas del barrio de San German!

—¿No sospechais vuestro estado?—la preguntó con infinita dulzura.

Germana inclinó la cabeza y abrasadoras lágrimas corrieron por sus mejillas. Las enjugó con violencia y avergonzada de su debilidad.

—Sí,—dijo,—y comprendo, antes de que me hayais contestado, que estoy perdida.

—Se trata de una desgracia reparable, si...

Germana la detuvo con un gesto.

—Es imposible,—dijo.

—¿Es indigno de vos?

—No me merece más que desprecio y odio.

—¿Me permitis una pregunta que vuestra juventud autoriza? Hija mía—repuso con tono paternal el doctor,—los médicos somos como los confesores, y olvidamos pronto lo que oímos y lo que vemos. Estais en cinta... ¿Qué vais á hacer?

Germana palideció de una manera horrible y llevó las manos al pecho.

Se sentía desfallecer. Pero era fuerte y se repuso pronto.

—No lo sé—contestó.

—¿El general de Treville es vuestro tutor, según creo?

—Sí, señor.

—¿Sabe lo que ocurre?

—No.

—Entonces...

—Reflexionaré... vere...

—Es una situación en la cual teneis necesidad de alguien que os sostenga... No podeis llevar tal situación vos sola.

—No cuento, sin embargo, más que conmigo misma—dijo Germana incorporándose.

—Necesitais, al menos, de un amigo, de un confidente...

La joven no contestó y se dispuso á despedirse.

—¿Estais seguro de no equivocaros?—preguntó.

—Sería un milagro. No se necesita gran ciencia para afirmarlo. Un médico de aldea os diría lo mismo que un miembro del Instituto.

—Os doy las gracias.

—¿Es eso todo lo que deseabais saber?

—Sí, señor.

Se levantó, y viendo sobre la chimenea una bandeja llena de oro y de billetes de Banco, sacó su cartera, y depositó en aquella especie de limosnero ó cepillo, un billete de quinientos francos. Se inclinó ante el doctor y salió del hotel, despues de haberse reunido á ella Ursula.

El doctor movió la cabeza. Vió el billete, y, satisfecho, se dijo:

—¡Una más! ¡Un poco orgullosa, pero muy encantadora! ¡Pobre niña!

Y mentalmente añadió con filosofía:

—¿A quién le toca?

Germana estaba ya lejos.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Ursula.

—Que no es nada.

—¿Os habeis tranquilizado?

—Completamente.

En el fondo estaba aterrada. Se preguntaba qué había hecho al cielo para que la impusiera tan horrible castigo.

¡Podía condenársela á beber las heces del vino sin siquiera haber extendido la mano hacia la copa!...

No se acordaba más que de un lazo, de una lucha odiosa, de un desvanecimiento, semejante á la muerte, que la habia entregado á ultrajes sin nombre, de parte de un miserable, ó de un loco, á quien aborrecia con todas sus fuerzas.

—¿Qué haria?

Salvaria primero lo que pudiera de su honor, á todo trance.

Felicidad, amor, matrimonio... vendrian despues.

Pasado el primer momento de abatimiento, se incorporó.

¡No! ¡Se arrojaría al agua antes que darse por vencida!

En otros tiempos, el claustro era el refugio de las desgraciadas. Esto hubiera sido una barrera entre ella y esa sociedad incrédula y escéptica, capaz en secreto de todas las infamias, pero hipócrita, á cuyos ojos su quimérica falta la marcaba con indeleble y fatal sello. Pero esto tambien era un castigo, una expiacion, y no siendo culpable se resistia á sufrir la pena.

Mientras que se abismaba en estas reflexiones, buscando en vano una salida á tan desesperada situacion, el coche se detuvo á la puerta del hotel de Roye.

Dió un luis al cochero, saltó á la acera y, seguida de Ursula, atravesó el suntuoso vestibulo de su casa, subió despacio la escalera de blanca piedra y cuando llegó á la puerta de su habitacion, puso un dedo sobre sus labios, y mirando á la borgeña la dijo con tono que queria aparecer risueño:

—Ahora estoy para todo el mundo.

VIII

Astucias de muchacha.

Estamos en un encantador y elegante saloncito, en donde se admiran magnificas y tornasoladas telas de Lyon, maravillosamente tejidas y de delicados tonos. Los asuntos son gratos á la vista: zagales enamorando á zagalas, con traje corto y zapatos de satin, en medio de paisajes de la Arcadia; señores de Wateau trepando á los árboles y arrojando cerezas á los delantales de marquesas con chupa de cuello de pichon y faldas de seda color de rosa. En el techo, amores mofletudos con alitas en sus redondos hombros, enlazan á una mujer jóven con una guirnalda de flores. Todo es gracioso, alegre y de armoniosos matices.

Por las altas ventanas se extiende la vista sobre los jardines del hotel, tan extensos que se podria construir en ellos un barrio de la ciudad.

La señorita de Roye, ensimismada, sola ante

sus pensamientos, se dejó caer sobre un diván y ocultando el rostro entre las manos, lloró amargamente. La máscara que la encubría cayó á sus pies. Estaba sola y podía desahogarse.

Hasta entonces, á pesar de los síntomas que la alarmaban y que en su ignorancia no creía tan amenazadores, se obstinaba en la duda. Ahora ni aun esa duda le era ya permitida.

Desde que había visto al doctor Bertauld, le parecía sentir á cada segundo misteriosos estremecimientos.

Estuvo más de una hora sin movimiento, entregada á sus reflexiones.

¡Era preciso luchar! Lucharía. Resistiría por su honor, por su vida, por su amor también; su amor, al cual no quería renunciar. ¿No era rica, sola, libre y dueña aún de sí misma? El general, sometido á sus caprichos, no veía más que por los ojos de ella. Y además estaba próxima á ser mayor de edad, dentro de pocos meses iba á serlo.

Por último, su mano no estaba comprometida más que para el porvenir. Le quedaba aun tiempo para pensar.

Por una especie de inspiración, al día siguiente del atentado, cuyo recuerdo le hacía estremecerse aun, había diferido la fecha de su enlace, aunque dando su consentimiento al vizconde, para retar á Santiago de Brandes y hacerle conocer su voluntad.

No había consentido, para emplear una expresión, trivial pero energética, más que en la emisión de una letra de cambio. Hasta el día de su vencimiento no debía nada ni á Roberto de Beaulieu, ni á nadie.

¡Cuánto se felicitaba de no parecerse á esas pobres muchachas que dependen de su trabajo, que tienen que estar sujetas al hogar paterno y que no pueden ocultar las consecuencias de una debilidad, ó de una falta!

El universo la pertenecía.

Con oro se está siempre en su casa, y la distancia no importa para los que poseen fajos de

billetes de Banco y pagan espléndidamente los *paquebots* y los caminos de hierro.

Nada urgía aun. Tenía algunos meses de tregua.

Tomó su partido con una energía que no debía desmentirse.

Trazó en un momento su plan.

A la lastimosa postración que tanto inquietaba á su tío, sucedió de repente una alegría nerviosa.

Cuando bajó á comer al suntuoso comedor del hotel, en el cual la esperaba el general, éste se sorprendió de aquel cambio y lo aplaudió.

Germana estaba admirable. Se había vestido con mucha elegancia, lo cual no había hecho hacía largo tiempo.

Mostraba una alegría febril. El general vio la alegría, pero no la fiebre, y se maravilló.

Era martes, día de moda en el Teatro Francés.

—Iremos—dijo con decisión Germana.

El general vió el cielo abierto.

En el teatro, Germana saludó alegremente á sus conocimientos, como para hacer notar su regreso á la sociedad que había abandonado durante todo el invierno.

Al principiar el tercer acto hubo un movimiento en la orquesta, y el doctor Bertauld se sentó en su butaca.

Instintivamente sus ojos se dirigieron al palco del general de Treville.

Una gran admiración se reflejó en su rostro.

¡Su cliente, aquella por cuyo rostro había visto correr las lágrimas; aquella hermosa joven que le interrogaba con visible angustia, estaba en su palco resplandeciente de alegría! Aunque pálida, no se descubría en su rostro ni la menor huella de fatiga ni de desesperación. ¡Hubiera creído que no era ella!

Germana sostuvo la mirada del doctor, mirada benévola, por supuesto,—los médicos, que conocen el corazón humano, son indulgentes,—sin bajar la cabeza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO

BIBLIOTECA V. M. C. P. A.

"ALFONSO REYES"

ANO. 1625 MONTREY, MEXICO

Amigas de colegio

Cualquiera que no hubiera visto al dueño de la triste mansion de Brandes más que en sus tierras, ó cabalgando sobre uno de sus blancos jacos, con sus atavíos de cazador de aldea, le hubiera desconocido al presentarse en el hotel de Roye. No era el mismo hombre. Elegante y correctamente vestido, de frac negro y corbata blanca, con su rizada barba muy bien cuidada, el pelo corto y bien peinado, se distinguía entre todos los concurrentes á los salones del aristocrático barrio de San German, por un sello de ruda firmeza que muy pocos de entre ellos han conservado.

El general estaba de muy buen humor. Aquel día había sido un caballo francés el que había ganado el primer premio. Los ingleses estaban vencidos. Se había celebrado con champagne esta victoria nacional.

El general dió algunos pasos hacía el recién llegado y le reprendió cariñosamente por su retraso.

—Ya sabeis cuanto gusto tengo siempre en veros,—añadió.

El baron, acercándose á Germana, se inclinó profundamente ante ella, quien le acogió, sin atreverse ni á dejar traslucir la sorpresa y la cólera que la agitaban. Una imprudencia la hubiera perdido.

Los invitados eran numerosos. Muchos oficiales, muchas mujeres hermosas, figurando en primera línea entre ellas, dos antiguas compañeras de Germana en el colegio del Sagrado Corazón. La condesa de Yresneuse, heredera de Chevegny, muy rica, muy rubia, muy buena y muy graciosa.

La otra, la bella Laurencia—la habían dado este nombre en el colegio,—era una joven alta, flexible y morena, de ojos negros y muy vivos, nariz fina, boca un poco grande, pero con admirable dentadura, á quien su padre, el conde de Gournay, un jugador sempiterno, que unía á la pasión del juego otras pasiones tan deplorables como esta, la había dejado á la edad de quince años sin fortuna, pero dotada de condiciones suficientes para procurarse una.

La bella Laurencia se había unido á Germana como un barco pesado y difícil de manejar se une á un remolcador.

Muy mordaz para con sus compañeras de colegio, no perdonaba ocasión de picarlas como un mosquito venenoso. Profesaba á Germana una amistad sin límites, á la cual correspondía esta. Las dos amigas apenas se separaban.

En París como en Roye y en los Essarts, la bella Laurencia veía á Roberto de Beaulieu y no tardó en poner sus miras en el teniente de dragones. Muy seductora y excesivamente espiritual, hubiera logrado tal vez atraerle á sus redes—y se puede asegurar que hizo cuanto pudo por conseguirlo, no retrocediendo para ello ante ningún obstáculo;—pero el corazon del vizconde no estaba ya libre. La plaza estaba tomada, y la señorita de Roye era quien imperaba en ella.

El vizconde tuvo la cortesía de callarse algunas ligerezas, de las cuales hubiera podido

aprovecharse; pero las imprudencias de la bella Laurencia tuvieron en los Essarts—en una escena de las más patéticas, de que fué teatro un apartado rincón del bosque—un testigo que supo sacar de ella maravilloso partido.

Laurencia amaba al vizconde de Beaulieu, al menos así lo parecía, tanto por su presencia como por su fortuna.

Santiago de Brandes sentía lo mismo por la señorita de Roye.

Estos dos desairados se entendieron.

El matrimonio de Laurencia con uno de los amigos del general, el marqués de Bresse, no disminuyó sus secretos rencores.

La marquesa disimuló con extrema habilidad sus resentimientos, prometiéndose siempre el desquite, y á este propósito se aseguró la cooperación de su asociado.

Gracias á Santiago de Brandes, pudo sospechar, sin conocer sus detalles, una parte de la desventura de su amiga. Y gracias á la bella Laurencia, Santiago no ignoraba nada de lo que pasaba en el hotel de Roye.

Algunos minutos después de su entrada en el salón fué á sentarse á su lado.

Santiago estaba, en verdad, elegante, cuando Laurencia y la condesa de Fresneuse le rodearon disputándose su posesión.

—¿Vos aquí?—dijo la marquesa.—¿En verdad que es un milagro veros en estos salones!

Santiago la contestó con mucha despreocupación, escusándose con su pobreza.

La bella Laurencia ridiculizó su falta de cortesía y, cuando libre de la presencia de su amigo, á quien llamaron para tocar una sonata á cuatro manos, se cogió del brazo del baron y le condujo á un invernadero que daba á una extensa galería llena de cuadros y de toda clase de obras de arte:

—¿Sabeis—le dijo—que insiste en casarse con Roberto?

—Lo sé.

—¿Qué venis á hacer aquí?

—A verla.

—¿No esperais vencer su resistencia?

—Puede ser.

—¿Es más fuerte de lo que creéis y de lo que yo hubiera creído! ¡Soporta su situación, que es terrible, con un descoco!...

—Es justo...

—Pero se acerca el momento en que deberá tomar un partido. Ya no podrá conservar el secreto...

Una pérfida alegría animaba los ojos de la marquesa.

—¡Ah!—dijo—¡Roberto no me ha querido, Roberto me ha despreciado porque era pobre! Necesitaba los millones de la señorita de Roye. ¡Se ha creído adorado, adorado él solo! Yo asistí algún día á una escena que me consolara de todas las otras. ¡A cada cual le llega su vez, señor vizconde!

Y con viveza, dirigiéndose en voz baja al baron, continuó:

—¿No se sabe quién es su amante?

—Estoy sobre la pista.

—¿Su nombre?

—Mas tarde lo sabreis.

—¿Y si fuera Roberto?—preguntó la bella Laurencia con ansiedad. Nuestros planes irían por tierra. ¡Adios, venganza, tan dulce á nuestros corazones!

—No es Roberto.

—Sin embargo...

—Si fuera él, Germana en lugar de retrasar su boda, la hubiera precipitado.

—En efecto, ¡qué simple soy!

—Decidme. ¿Deseais las represalias?

Ella respondió cínicamente:

—De todo corazón, como quiero las rentas de mi marido.

—Las tendreis más completas que las hubierais deseado, pero para ello será preciso ejecutar mis instrucciones cuando llegue la ocasión.

—Las ejecutaré al pie de la letra.

—¡Silencio!...

Fueron interrumpidos por un grupo de paseantes que se dirigía hacia donde ellos estaban. El marqués iba á la cabeza del grupo.

—Si fuera celoso—dijo en tono de broma,—tendría ahora buena ocasión de probarlo. ¿Qué fraguais con el señor de Brandes?

—Le decía que abandonara su retiro, sus bosques. Es baron, lo cual es aun algo en estos tiempos, y pariente de Germana; ambas cosas son para tener aspiraciones. Pero se niega, es un obstinado y le abandono.

Lourence abandonó en efecto el brazo de Santiago.

—No soy ambicioso—dijo este,—tal vez llegue á serlo con el tiempo.

Mientras esto pasaba, Germana habia reflexionado. Se desprendió del brazo de Roberto y fué á cogerse del de Santiago.

—Os adelantais á mis deseos...—la dijo galantemente el baron.

Ella le condujo sin responder al pie de una palmera, á cuyo tronco se enredaban lupulos y otras plantas que formaban un verdadero abrigo.

—Vos no podeis haber venido más que para hablarme—le dijo bruscamente.—¿Qué queréis?

—Poca cosa.

—¿Pero todavía?...

—Asegurarme de que persistís en casaros con Roberto.

—¿Lo dudais aún?

—Sí, por cierto. Eso sería una temeridad por vuestra parte.

—¿No comprendo!...

—Escuchadme un momento—repuso Santiago con voz que demostraba verdadera emoción. Os juro que os amo con pasión cuya magnitud no podeis medir. Me cuesta mucho veros sufrir y saber que sois presa de verdaderas torturas. ¡Pero si os amo con delirio, con furor, odio aún más á ese hombre, porque es vuestro

preferido. ¡No hay nada que yo no intente para impedir que seais suya.

Germana le lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Meditais alguna nueva infamia?—le dijo.

—¡Me humillais, y, á pesar de todo, no podría odiaros aunque quisiera. ¡Os he dado derecho para hacerlo y podeis tratarme como al último de los miserables; solo que, aunque no tenga ya honor que defender, lo pagaria caro el hombre que se atreviera á faltarme! ¡No hay freno que me sujete! ¡He jurado que no sereis de Roberto, y no lo sereis!...

—¿Le matareis acaso?

—¡Es posible! ¡Germana, mi salvacion y la vuestra están en vuestras manos; espero que reflexionareis!

—Todo está ya reflexionado.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—Sí.

—¡Tened cuidado!

—Yo habia nacido para ser feliz, y gracias á vos estoy á merced del azar, sin seguridad en el porvenir. ¡No, á pesar de eso no abatireis mi valor! Muerta ó viva, no obtendreis nada de mí. ¡Os odio!

Se aproximó más á el y le lanzó al rostro con sorda voz esta palabra que le hizo palidecer:

—¡Cobarde!

Santiago se estremeció, se puso lívido y la dirigió una mirada amenazadora.

Germana sostuvo aquella mirada.

—¿Quereis la guerra?—le dijo.—La acepto. Me defenderé. Adios.

—No, hasta la vista.

Germana se alejó.

Le costó algun trabajo dominarse y mostrar tranquilidad en su rostro. Tanto le habia herido la injuria de Germana.

En el momento en que iba á alejarse de la palmera, oyó una voz burlona que murmuraba á su oído:

—¿Y bien?

Se volvió. La bella Laurencia estaba á su lado.

—Habeis prometido seguir mis instrucciones, —la dijo

—¿Qué es preciso para seguirlas?

—Escuchar, esperar y callar.

—Está bien.

La marquesa entró sonriendo en el salón.

Santiago, aprovechándose de la animación de la fiesta, desapareció, cambiando con la marquesa una mirada de inteligencia.

Germana, sentada al lado del general, le decía:

—¿Sabeis, tío, que marchamos mañana?

—¿Tan pronto? —dijo el general.

Iba á echar de menos su tertulia, su partida de *whist*, que sostenia diariamente desde las cinco hasta las siete, ántes de la comida; el paseo matinal por el bosque en su excelente caballo, tan adiestrado como el de un circo y su boulevard. Pero era preciso obedecer.

Germana habia decidido que irian al día siguiente á instalarse á Deauville, á la villa que su tío habia echo construir dos años ántes para satisfacer uno de los caprichos de aquella niña mimada.

La villa Treville, construida á la italiana, con su azotea de baulastrada de mármol blanco, á la cual se enlazaban multitud de plantas trepadoras, es con seguridad una de las más hermosas de aquella costa en que hay tantas y tan hermosas.

Germana habia mandado allí el día antes á la mayor parte del personal del hotel de Roye.

Ursula habia precedido á su joven ama, con infinidad de baules, llenos de trajes, sombrillas y todo el ajuar de una enorme *toilette*, desde los guantes y las botas, hasta los sombreros y toda clase de ropa blanca.

Una parisiense que vá á pasar quince días á Dieppe, carga un ómnibus con sus paquetes.

De ordinario la señorita de Roye viajaba á la inglesa.

Así es que el general se admiró de la multitud de baules que Germana expedía á Deauville.

—¿Vamos al fin del mundo? —la preguntó.

Ella contestó con enigmática sonrisa:

—Tal vez.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO" 12223
Apdo. 1625 MONTESREY, MEXICO